
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

ANTIGUO TESTAMENTO

Lección 38:

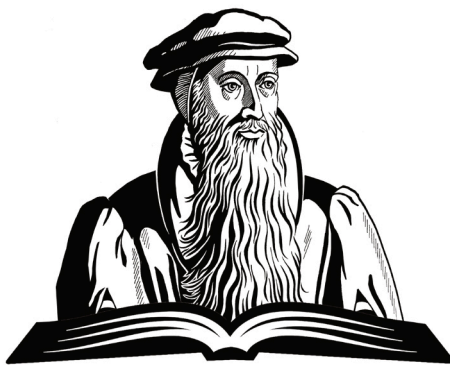
No camines como el mundo

113 LECCIONES

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Lección 38

NO CAMINES COMO EL MUNDO

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 38

Bienvenidos a la lección número 38 de nuestra serie sobre la Historia de la Biblia del Antiguo Testamento. Nuestra lección de hoy se llama: «No camines como el mundo». Al igual que en nuestra última lección, cubriremos la mitad del libro de Levítico, esta vez de los capítulos 18 al 27.

Imagina que estás caminando por un huerto lleno de diferentes árboles frutales. Si no eres un fruticultor, me imagino que todos estos árboles frutales los verás exactamente igual. Al principio de la primavera, sólo ves el tronco del árbol, las ramas y hojas. Si el árbol está vivo, tendrá savia recorriendo por todo el tronco, y las ramas. Si el árbol está vivo. Y si está vivo, más adelante, en la primavera, deben aparecer algunas flores, y luego los frutos. Si no hay flores, ni hay frutos, entonces el árbol no está vivo. Pero, si está vivo, entonces las flores y los frutos aparecerán. Van juntos y, sin embargo, separados.

Esto es algo parecido a la fe, y a los resultados necesarios de esa fe, en la vida de un creyente. Esta lección es acerca de los frutos que aparecen en la vida de alguien en la que Dios ha estado obrando una fe verdadera. En nuestra última lección, primero aprendimos acerca de: los sacrificios ceremoniales, sobre los sacerdotes, y luego sobre las leyes de purificación. Todo se trataba acerca de cómo era posible que pecadores impíos vivieran en la presencia de un Dios santo. El punto más alto llegó en el día de la expiación, donde los sacrificios de ese día eran un retrato de la misericordia, y el perdón recibidos de Dios.

El enfoque de esta lección es cómo se les enseñó a vivir a los israelitas después de haber recibido esta misericordia y perdón. Hablaremos primero sobre las leyes de purificación, luego sobre los sacerdotes, y después sobre las fiestas ceremoniales. Luego conectaremos esa historia bíblica con lo que esto nos enseña acerca de cómo vivir hoy.

Bueno, al retomar nuestra historia al inicio del capítulo 18, Dios le dice a Moisés: «Habla a los hijos de Israel y diles: Yo soy Jehová vuestro Dios». Tiene sentido. Eso es correcto. Ya que fue Dios quien rescató y salvó al pueblo de Israel, y estableció un pacto con ellos, ellos tienen que obedecer a Dios. En el capítulo 18, Dios les da muchas leyes diferentes con la intención de guardar la santidad de la relación matrimonial.

La nación de Israel salía de Egipto, y se dirigía a Canaán. Las personas en ambas naciones tenían muchos hábitos pecaminosos que no eran buenos ejemplos a seguir. A

Israel se le advirtió que no copiara los mismos hábitos pecaminosos de los egipcios, y los cananeos. Ellos debían guardar y honrar el diseño original de Dios en la creación. Al hacer esto, podrían disfrutar plenamente de los beneficios de una familia fuerte.

El capítulo 19 es un capítulo muy famoso y, probablemente, muchos israelitas lo sabían de memoria. Al leer este capítulo detenidamente, podrás encontrar los Diez Mandamientos explicados al detalle. El contenido de este capítulo abarca casi todas las áreas de la vida personal, comunitaria y nacional. Este capítulo nos recuerda que la santidad es más que simplemente estar limpio o impuro, sino que la santidad es muy práctica e involucra cosas cotidianas. La santidad incluye cada área de tu vida. Guardar estas leyes haría de Israel, verdaderamente, una nación distinta y separada de las otras naciones.

Puesto que el Dios de Israel era santo, Israel también debía ser santo. En todas estas leyes vemos que se busca la paz y la armonía con nuestro prójimo. Vemos que el amor genuino debe ser la motivación de nuestro comportamiento. En el verso 18, leemos: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Tanto el Señor Jesús como el apóstol Pablo hablan de este pasaje para resumir la segunda tabla de los Diez Mandamientos.

Es posible que tengas un amigo que su padre o su madre ya no estén vivos. Si es así, eso puede ser muy difícil para ellos. ¿Cómo puedes ser un buen amigo para ellos? En Israel, había que cuidar a aquellas personas que habían perdido la seguridad de estar en una familia. Los pobres, los que no tenían tierra, las viudas y los huérfanos eran presa fácil para robarles las pocas posesiones que tenían. Tenían que ser protegidos.

En el capítulo 19:9-10, hay un mandato positivo. Un mandato para hacer algo, en lugar de una prohibición. Israel debía dejar los rincones de sus campos para que los pobres puedan recoger. Esto era un recordatorio para Israel de que ellos también fueron esclavos pobres en Egipto. No leemos que los pobres merecieran estos rincones por ser pobres, sino que los agricultores tenían la responsabilidad de hacerlo. El mandato de Israel era obedecer amorosamente a Dios cuidando de los pobres que los rodeaban. Este es un recordatorio de que debemos tomar decisiones sobre cómo utilizar nuestro dinero y nuestras pertenencias pensando primero en nuestra responsabilidad ante Dios.

¿Puedes ver a Moisés hablando a los ancianos de Israel? Cada vez que los israelitas escuchan la Palabra de Dios, se les recuerda que Dios ha hecho un pacto con ellos. En el capítulo 20:7, Dios les dice: «Santificaos, pues, y sed santos, porque yo, Jehová, soy vuestro Dios». El pueblo debía santificarse a sí mismo.

¿Cómo? ¿Esto significa que el pueblo podía santificarse a sí mismo? ¿Podían seguir estas leyes sin pecar? No, porque en el siguiente verso Él dice: «Yo, Jehová que os santifico». Esta es una conexión importante con nuestro punto principal acerca de los frutos en la vida de un cristiano. Todas las buenas obras vienen de Dios, no de nuestro corazón. Siempre fallaremos, pero es el poder de Dios el que nos santifica o hace santos. Aprendemos esto de la carta de Pablo a los Filipenses 2:12-13: «Por tanto, amados míos...

ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer, por su buena voluntad». Esto puede alentar al cristiano hoy, a ser diligente en su vida en lugar de negligente.

Pasemos juntos a la segunda parte de esta lección, y veamos los requisitos de los sacerdotes. Ya sabes por nuestra última lección que los sacerdotes representaban al pueblo ante Dios, y a Dios ante el pueblo. Servir en la presencia de Dios requería que los sacerdotes tuvieran un carácter excelente. Lee el capítulo 21:6. «[Los sacerdotes] santos serán a su Dios, y no profanarán el nombre de su Dios». El Nombre de Dios no debía ser profanado por los sacerdotes, no debía convertirse en algo ordinario o común. Los sacerdotes no debían hacer nada que pudiera distraer al pueblo de saber que representaban a Dios.

Tengo una pregunta para ti. Cuando leíste el capítulo 21, ¿te preguntaste por qué a un levita que cojeaba no se le permitía ser sacerdote? En ese capítulo hay al menos 10 condiciones físicas más que impedían que un levita fuera sacerdote. Si bien esto puede parecer injusto, recuerda que el sacerdocio era un retrato del Señor Jesucristo, y siempre se necesitaba mostrar esto. Así que a estos hombres no se les mantuvo alejados del sacerdocio porque fueran malvados por sus problemas físicos, sino que era necesario guardar la pureza del sacerdocio.

Aunque estaban descalificados para ser sacerdotes, ellos seguían siendo levitas, y todavía se les permitía recibir el alimento, los ingresos, y el sustento de los sacrificios. Nada podía quitar la idea de que el sacerdocio representaba a Cristo, y la perfección de Dios. De hecho, estas reglas no estaban ahí para decirle a la gente que ellos no eran perfectos, sino más bien para convencerlos del Sumo Sacerdote perfecto e inmaculado que aún estaba por venir. Todo esto apuntaba a la venida del Señor Jesucristo.

Pasemos a la tercera parte de esta lección. En los capítulos 23 al 25, se les presenta al pueblo las fiestas que debían celebrar. Cada una de estas fiestas religiosas estaban relacionada con una parte de su historia. Así que, a medida que estas fiestas formaban parte de la cultura de Israel, Israel no olvidaría: Quiénes eran, de dónde venían, quién los rescató y liberó, y quién los llevó a la tierra prometida. Especialmente, ellos no debían olvidar quién era Dios, y lo que hizo por ellos. Estas fiestas recordarían la gran bondad de Dios hacia ellos, y les permitirían responder con gratitud, y sacrificio.

Así que, acompáñame en este viaje a Israel mientras recorremos por estas tribus itinerantes, y miramos a nuestro alrededor. A estas alturas, ya ha pasado un año completo desde que fueron rescatados de Egipto. Si te acercas a algunas de las casas, escucharás a los padres hablar acerca de aquella noche solemne. Recuerdan el mandato de Dios de matar un cordero y rociar su sangre sobre los postes de las puertas. Ellos recuerdan la seria advertencia de que, en cualquier casa sin la sangre, Dios quitaría la vida del primogénito. Dios quiere que Israel nunca olvide esto, por eso les ordenó tener una fiesta anual que sería llamada «la Pascua».

Allí, en el desierto del Sinaí, el pueblo celebró la Pascua. Escogieron un cordero, lo mataron, y rociaron su sangre sobre los postes de las puertas. Comieron la comida, ceñidos sus vestidos como si estuvieran a punto de emprender un viaje largo. Después de esto, comieron panes sin levadura durante una semana. El pan no contenía ingredientes de fermentación. Podía ser horneado rápidamente, y era un recordatorio de su necesidad de salir rápidamente de Egipto. Aquí ya tienes dos de las fiestas: la Pascua, y la fiesta de los panes sin levadura. Puedes leer sobre ellas en el capítulo 23. Estas fiestas, y todas las demás que aprenderemos en breve, se celebraban una vez al año.

El día principal que el Señor les dio fue el Sabbat. El Sabbat era el más importante y el más significativo, y se guardaba cada semana. Todavía sigo viajando por el campamento, y veo allí a algunos ancianos contando cuidadosamente los días que faltan para la próxima fiesta. Verás, la fiesta de las semanas debía celebrarse exactamente 50 días después de la Pascua. Era una fiesta que marcaba el final de la cosecha del trigo. En ese momento, los israelitas debían ofrecer al Señor un sacrificio de agradecimiento por todas Sus bendiciones.

En el mismo año, más adelante, en el séptimo mes había mucho qué hacer. Al primer día del séptimo mes, el sonido de las trompetas llamaba al pueblo a adorar. El primer día de esta fiesta debía ser un día de reposo para ellos. Este sería un día de descanso, para dejar de trabajar, y prepararse para el próximo día de la expiación. El día de la expiación llegaba al décimo día. Ya hablamos de esta importantísima ceremonia religiosa en nuestra última lección. En ese día, el sacerdote hacía un sacrificio por su propio pecado, y luego por los pecados de la nación.

En este día, el Sumo Sacerdote entraba al Lugar Santísimo, y rociaba la sangre del sacrificio. Éste era el día en que el chivo expiatorio era llevado al desierto. El pueblo ayunaba, y se abstenía de comer. No era un momento de alegre regocijo, sino de profundo arrepentimiento.

Poco después del día de la expiación, el pueblo celebraba la fiesta de los tabernáculos. Durante estos días, el pueblo vivía en tiendas de campaña que eran hechas con ramas y hojas. Debían vivir en estas tiendas durante una semana, regocijándose y celebrando la fidelidad de Dios. El primer y el octavo día de la fiesta debían guardarse como días de reposo, en los que el pueblo se reunía para adorar a Dios mientras ofrecía sacrificios especiales. A todos se les ordenó que trajeran una ofrenda para que los sacerdotes lo sacrificaran.

El punto culminante de la fiesta era el último día, cuando el sumo sacerdote derramaba una jarra de agua delante del altar, orando por lluvias, y cosechas saludables para la próxima temporada. También oraba a Dios para que derramara su Espíritu Santo sobre el pueblo. Muchos años después, el Señor Jesús eligió este momento para levantarse en el último día, ese gran día de la fiesta, y clamar diciendo: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva».

Estas fiestas especiales solían celebrarse en momentos especiales del calendario agrícola, coincidiendo al mismo tiempo con el comienzo o el final de la cosecha de trigo o uva. De la misma manera, que Dios proveyó el Sabbat como un día de descanso a la semana, Dios también proveyó un año sabático para la tierra. Cada siete años, la tierra debía descansar. Dios prometió que, incluso sin cultivar, en la tierra crecerían suficientes cosechas para el pueblo. Esto nos recuerda que la tierra también le pertenece a Dios, y nosotros sólo la cuidamos. Después de repetirlo 7 veces, es decir, después de 49 años, el año 50 sería otro año de descanso. Este año 50, fue llamado el año del jubileo. Por segundo año consecutivo, no se arararía ni se cultivaría la tierra. Este sería un año de descanso, y un año de liberación.

Quedaría muy claro en este año que toda la tierra pertenecía a Dios, y que el gran significado de la vida no es acumular posesiones, y riquezas terrenales. En este tiempo, todas las propiedades volverían a las familias originales que la recibieron por herencia al entrar en la Tierra Prometida. Cualquiera que, por causa de su pobreza, se haya vendido como esclavo también tendría que ser liberado, y puesto en libertad. Cada año 50 era un tipo de reinicio. ¿Puedes imaginar a un hombre pobre que tuvo que vender la tierra de su familia, y venderse él mismo para trabajar para otro hombre? Él estaría escuchando las trompetas que anunciaban la llegada del año del jubileo. Y entonces las cosas cambiarían. Su tierra regresaría a su familia, y él sería liberado para regresar nuevamente con su propia familia.

En el capítulo 25:10, vemos que esas trompetas pregonarán «libertad en la tierra a todos sus moradores». «Pregonar libertad», son palabras interesantes. A estas alturas no creo que te sorprenda saber que un año tan especial en la historia de Israel del Antiguo Testamento, tiene una conexión con el Señor Jesús. Verás, el Señor Jesús fue ungido para la tarea de pregonar libertad.

Al comienzo de su ministerio público, el Señor Jesús leyó en la sinagoga Isaías 61. Él dijo: «El Espíritu del Señor Jehová está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado para dar buenas nuevas a los pobres, para vendar a los quebrantados de corazón, para pregonar a los cautivos libertad, y a los presos apertura de la cárcel, para pregonar el año de la buena voluntad de Jehová». Dijo a los que estaban oyendo: «Estas palabras se han hecho realidad hoy en mí. Soy yo quien traerá libertad a los cautivos. Predicaré el rescate, la liberación y la libertad para todo el pueblo de Dios. Yo haré la obra de salvación». Como ves, este año del jubileo era un año de descanso, y un retrato del descanso espiritual que el pueblo de Dios busca, y recibe a través de Cristo.

Bueno, en los próximos dos capítulos tenemos un resumen de los grandes beneficios que Israel recibiría si obedecía los mandamientos de Dios. Ellos recibirían paz, y prosperidad. También está la promesa de que el desastre y el castigo serían el resultado de la desobediencia. Y, misericordiosamente, está la promesa de gracia del perdón disponible

para aquellos que se arrepienten. Está también la promesa de que Dios recordará el pacto que hizo con ellos.

Todas estas fiestas son importantes para nosotros, pero hoy no las celebramos como lo hacía Israel. Esto se debe a que el Señor Jesús ya ha venido, y ha cumplido todo lo que estas fiestas apuntaban. Los cristianos de hoy ven estas fiestas con un significado nuevo e importante. Por ejemplo, en lugar de la Pascua se celebra la Cena del Señor. Todo en Levítico (los sacrificios y las fiestas, el sacerdocio, las leyes de purificación), todo apuntaba a la venida del Sumo Sacerdote, el Señor Jesús, y Su sacrificio perfecto.

Entonces, ¿cómo se conecta esto con el punto principal de esta lección? En esta historia bíblica aprendemos cómo los israelitas debían caminar separados del mundo ya que habían recibido la misericordia y el perdón de Dios. Por medio de esto, aprendemos algo acerca de cómo Dios trata con los pecadores.

La segunda cosa que aprendemos es cómo los pecadores pueden lidiar con el pecado. Recuerda que la salvación no depende de lo que hacemos, sino completamente de lo que Dios hace. Leamos juntos el libro de Levítico 19:15: «No harás injusticia en el juicio; no favorecerás al pobre ni complacerás al grande; con justicia juzgarás a tu prójimo». ¿Qué aprendemos aquí acerca de cómo Dios trata a los pecadores? Los israelitas, habiendo sido liberados por Dios, debían tratar con rectitud, justicia y con total imparcialidad a sus vecinos.

No debían dar preferencia a los pobres, solo porque eran pobres, y les daba pena. Tenían que ser justos. Tampoco debían darle preferencia a los pobres porque tenían lástima de ellos. Tampoco debían ser más duros con los ricos, pensando que, por ser ricos, podrían soportarlo. No, ellos tenían que ser justos en sus juicios. Esto nos muestra algo acerca de la justicia de Dios.

Los mandamientos de Dios son perfectos, y sus recompensas o castigos también son completamente perfectos, justos y apropiados. Él es imparcial y completamente justo. Nunca podremos presentarnos ante Dios, y decir que éramos muy pobres, y estábamos demasiado ocupados trabajando como para leer la Biblia. En Jeremías 17:10, leemos: «Yo, Jehová, que escudriño el corazón, que pruebo los pensamientos, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras»

Así que, las personas serán juzgadas de una manera que coincida con sus acciones. En palabras del apóstol Pedro en Hechos 10:34: «En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas». Dios trata con los pecadores de una manera completamente justa. Esto significa que Dios también odia la injusticia. ¡Nos advierte contra ella, y ordena a la gente que huya de ella!

No debemos tener favoritismo. Dios quiere que la gente muestre Su justicia, también. Como dice en los Proverbios de Salomón en el capítulo 21, verso 3: «Hacer justicia

y juicio es más agradable a Jehová que los sacrificios» Y 1 Timoteo 5:21: «Te requiero delante de Dios, y del Señor Jesucristo, y de sus ángeles escogidos, que guardes estas cosas sin prejuicios, no haciendo nada con parcialidad». Debemos mostrar la justicia de Dios en la forma en que tratamos a los demás.

Lo segundo en lo que me gustaría enfocarme es en lo siguiente: Después de mostrar la justicia de Dios en la forma que tratamos a nuestro prójimo, hay algo que podemos aprender sobre la vida de un cristiano, y el pecado. Detengámonos en esto por un momento: En lo que podemos aprender sobre la vida del cristiano, y el pecado.

Tienes en la guía de estudio el pasaje de 1 Juan 1:6-10. Sería bueno que vuelvas a leer estos versos. En esos versos aprendemos que solo por decir que conocemos a Dios no significa que sea verdad. Nuestro caminar diario, nuestra vida diaria, lo demostrará. Caminar en la luz es vivir rectamente. También es claro que aquellos que caminan en la luz no son perfectos, y nunca serán perfectos en esta tierra. Todavía siguen siendo pecadores, y luchan con el pecado. ¡Nadie está libre! La misericordiosa promesa viene en el verso 9: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos los pecados, y limpiarnos de toda maldad». Allí está nuevamente esa palabra «justo» acerca de Dios. Él es completamente justo y recto al perdonar a los pecadores que le confiesan sus pecados. Se puede confiar plenamente en la promesa de Dios.

Entonces, ¿qué aprendemos de este capítulo acerca de la vida santa que se les ordenó a los israelitas? No estamos llamados a vivir exactamente como los israelitas. Estamos llamados a vivir una vida de santidad. Esta lección es un recordatorio de que una vida santa es el fruto de la obra de gracia de Dios.

Las buenas obras vienen de Dios. Es un recordatorio de que estar orgullosos de nosotros mismos, es pecado. Es un recordatorio de que el pecado siempre está presente en nosotros. Este capítulo muestra la necesidad de confesar nuestros pecados, y nos recuerda que Dios es fiel y justo para limpiarnos del pecado. Ésta es una buena razón para dar gracias, y estar gozosos. Esto trae gozo, porque la seguridad y la protección no se encuentran en nosotros mismos, sino solamente en Dios.

Esto nos lleva al final de nuestra lección sobre la segunda mitad del libro de Levítico. Hemos aprendido de todas las diferentes formas en que Israel fue llamado a convivir entre ellos, y con las demás naciones. Hemos aprendido acerca de las calificaciones especiales de los sacerdotes. Hemos aprendido sobre las fiestas. También hemos aprendido que cualquier buena obra o fruto en la vida de un cristiano proviene de Dios, y sólo de Él. En nuestra próxima lección aprenderemos cómo los israelitas no vivieron como a ellos se les había ordenado. Eso está en la lección 39: «Corazones ingratos».